

Del Juego a la Transgresión y de la Masculinidad a las Emociones.

El Caso de Tona: Un Joven en Proceso
de Reinserción Social en la Ciudad de México

*From Game to Transgression
and from Masculinity to Emotions.*

*The Case of Tona: A Young Man in the Process
of Social Reinsertion in Mexico City*

ANA EUGENIA GILARDI*

► RESUMEN

Existe un estereotipo de hombre al cual se adscriben ciertos jóvenes, adquiriendo las características que definen la masculinidad tradicional. Sus elementos son desplegados en espacios de poder, creando escenarios donde fuerza, sometimiento y rivalidad se combinan en un ejercicio de la violencia que oculta toda afectividad. Se reconocen dos momentos en sus trayectorias vitales: la construcción de la masculinidad y el tránsito del juego a la transgresión de la ley; y, posterior al delito y el encierro, el paso de la masculinidad tradicional a la resignificación de los sujetos a través de la reconstrucción de la memoria desde el testimonio.

Palabras clave: *Juventudes | Masculinidades | Transgresión | Memoria | Testimonio.*

► ABSTRACT

There is a stereotype of a man to which certain young people ascribe, acquiring the characteristics that define traditional masculinity. Its elements are deployed in spaces of power, creating scenarios where strength, submission and rivalry combine in an exercise of violence that hides all affectivity.

* Profesora de la Universidad Autónoma de México, campus Morelia. Doctoranda en Humanidades por la Universidad del Estado de Morelos. Correo electrónico: aneugilardi@gmail.com

Recibido: 16 de agosto de 2019 | Aceptado: 30 de noviembre de 2019 ISSN 2007-1205 | pp. 29-54

Two moments are recognized in their vital trajectories: the construction of masculinity and the transition of the game to the transgression of the law; and the second happens, after the crime and confinement, the transition from traditional masculinity to the resignification of the subjects through the reconstruction from testimony.

Keywords: *Youth | Masculinities | Transgression | Memory | Testimony.*

INTRODUCCIÓN

El eje de sentido de este artículo tiene que ver con la construcción de un *estereotipo* de hombre al cual se adscriben ciertos jóvenes de bandas juveniles en la Ciudad de México, adquiriendo las características que definen la *masculinidad tradicional*. Los elementos que constituyen las masculinidades son desplegados en espacios jerárquicos de poder, autosuficiencia y autonomía, creando escenarios donde fuerza, sometimiento, rivalidad y dureza se combinan en un ejercicio de la violencia y la superioridad que oculta todo sentimiento que denote afectividad por otras personas (por considerarse parte del mundo femenino). Este tipo de masculinidades tienen a que los jóvenes encubran sus emociones, pudiendo iniciar un proceso de *bloqueo emocional* que comienza en el sujeto masculinizado y se transfiere a quienes lo rodean, impidiendo ver al *otro* como sujeto de derechos. Sin embargo, detrás del estereotipo se esconde un individuo constituido a partir de un entorno específico, permeado por su contexto y los vínculos interpersonales de su red social, que influyen en la construcción de su identidad, aunque sea incapaz de asumirlo. Es decir, los contextos de vida donde estos jóvenes se desarrollan presentan, en general, entornos familiares de violencias naturalizadas, situaciones de abandono, antecedentes delictivos, adicciones a sustancias psicoactivas, etcétera, que influyen en su comportamiento.

En este sentido, se abordan dos momentos clave en la historia de vida de un grupo de jóvenes en conflicto con la ley penal. Como primer momento, la construcción de la masculinidad y el tránsito del juego a la transgresión (pasando en la mayoría de los casos por las adicciones). El segundo momento identificado (posterior a la comisión del delito y el encierro) representa el tránsito de la mas-

culinidad tradicional al reconocimiento de *la importancia de las redes sociales y la resignificación de los sujetos* durante el proceso de reinserción social. El inicio de este proceso les permite a los jóvenes entrevistados redescubrirse a sí mismos e iniciar una etapa de *sensibilización cuyo vehículo es la reconstrucción de la memoria a partir del testimonio desde la perspectiva de la historia desde abajo* (Sharpe, 1993). Estos momentos serán identificados en la vida de Tona a través de su estudio de caso desde la perspectiva de las historias de vida.

METODOLOGÍA

[Al inicio de una expedición] *Tener una buena preparación teórica y estar al tanto de los datos más recientes no es lo mismo que estar cargado de ideas preconcebidas. Cuantos más problemas se plantee sobre la marcha, cuanto más se acostumbre a amoldar sus teorías a los hechos y a ver los datos como capaces de configurar una teoría, mejor equipado estará para su trabajo.*

Bronislaw Malinowski, 1922

Daniel Bertaux (1993) fue un defensor de las *historias de vida* como método sociológico válido de acercamiento a la realidad. Si bien su postura se centra en las historias de vida, ofrece consideraciones generales sobre metodología de la investigación que me han resultado esenciales en términos de diseño y comprensión metodológica de este trabajo. Me refiero principalmente a dos: la síntesis y la escritura, como un proceso que podría llamar dialógico y relacional. De acuerdo con el autor, la labor de *síntesis* debe ser paralela al trabajo de campo, y la define como “un proceso continuo de concentración sobre las relaciones sociales invisibles pero siempre presentes”, que ayudan a comprender un sistema relacional específico al interior de la sociedad (p. 30). Sobre el proceso de *escritura*, propone utilizar una forma de discurso más cercana a la narración, lo cual no atenta contra la teoría, sino que la alienta a teorizar sobre una realidad o un acontecimiento determinados; e incluso a involucrarnos como investigadores/as en la forma narrativa.

Las *técnicas* más utilizadas en este paradigma son *cualitativas*. En el caso de este artículo se combinaron tres: *entrevistas en profundidad*, *observación participante* y *diario de campo*, en las cuales la postura de quien investiga estimula modificaciones en lo que observa (voluntaria o in-

voluntariamente), y lo que se indaga es el “discurso de los individuos en función de las prácticas discursivas” (Merino, 2007, pp. 30-32).

Mi principal fuente de información en el trabajo de campo fueron los *testimonios* de adolescentes varones en conflicto con la ley penal y el equipo profesional que trabaja con ellos. Si bien he verificado los delitos por los cuales recibieron la medida de internamiento,¹ para su análisis me he basado en sus propios testimonios y no en los expedientes judiciales, priorizando su propia perspectiva sobre los hechos. Esta decisión implica respetar los límites que los jóvenes establecen al ofrecer sus testimonios, de la misma manera que lo hace el personal de Reinserta un Mexicano, A. C.,² la asociación civil donde cumplen su proceso de reinserción social y donde realicé el trabajo de campo. A partir de varios testimonios recuperados, selecciono para la elaboración de este texto el caso de Tona por ser el más representativo de los conceptos teóricos abordados.

La metodología utilizada en este trabajo se orientó a la comprensión del fenómeno de la delincuencia juvenil desde mi participación directa con la población durante su proceso de reintegración social, procurando, como investigadora, ser permeable a su realidad particular, pero sin olvidar la distancia que requiere la investigación.

Los *métodos cualitativos* implican un diálogo permanente entre la literatura consultada y la observación en campo; por ello, los conceptos se fueron construyendo durante el proceso de investigación, no a priori. La relación establecida con los ambientes en los cuales se realizó dicho trabajo puede definirse *de intervención baja*, ya que mi implicación —y distancia— como investigadora se fundó en una *identificación empática* con los sujetos de estudio, quienes mantuvieron un rol activo en las entrevistas, que tendieron más a un diálogo abierto guiado por sus propios intereses.

En cuanto a la *producción de datos*, en consonancia con los métodos cualitativos, el diseño de la investigación fue abierto; es decir que fue construyéndose durante el proceso con base en *casos individuales sin pretensión de representatividad estadística*, a través de instrumentos contextualizados de obtención de los datos (sistemas de indicadores de justicia juvenil, bases de datos de las instituciones donde

1 Término utilizado para referirse a la sentencia en adolescentes en conflicto con la ley penal en la Ciudad de México.

2 Sobre esta organización se comenta más adelante, en el apartado del contexto de trabajo de campo.

se realizó el trabajo de campo, informes teóricos desarrollados por especialistas en el tema, etcétera). Previo a la selección del joven con quien realicé el estudio de caso, hice entrevistas a 10 jóvenes: 6 primodelincentes³ y 4 en proceso legal por la comisión de delitos considerados graves (uno de ellos es Tona), durante el programa de reinserción que los jóvenes transitaron en Reinserta un Mexicano, A. C. Dicho trabajo en campo fue realizado durante dos años, comprendidos entre septiembre de 2015 y mediados de 2017, a través de visitas periódicas a la organización, durante las cuales puse en práctica *observación participante, entrevistas a profundidad, un diario de campo y una experiencia de taller cultural*.

APUNTES AUTOETNOGRÁFICOS

La etnografía es un proceso eminentemente vivencial que implica la interpretación de la comunidad observada. Esto supone, a su vez, la comprensión sensible de las subjetividades que la componen y, al mismo tiempo, un proceso autorreflexivo sobre las experiencias durante la investigación e incluso las motivaciones previas a la misma.

Con relación a ello, comentaré algunos aspectos de mi historia de vida que me vinculan con esta investigación desde las dimensiones íntima y subjetiva. Mientras estudiaba Artes visuales en Argentina, comencé a colaborar voluntariamente con proyectos socioculturales de diversa índole, procurando hacer uso de las herramientas del arte en la acción frente a fenómenos sociales específicos. Las poblaciones con las que trabajaba fueron definiéndose cada vez más, hasta centrarse en problemáticas de adicciones y situaciones de confinamiento. El primer proyecto que desarrollé desde el área de Extensión Universitaria de Córdoba estuvo enfocado en desarrollar una metodología mixta para la intervención sociocultural con un grupo de jóvenes en periodo de desintoxicación de sustancias psicoactivas. Luego de esa experiencia, y ya radicada en México, comencé a trabajar con los adolescentes en conflicto con la ley penal en la Ciudad de México, primero al interior del Sistema Penitenciario y luego en colaboración con dicha institución desde la implementación de proyectos autónomos.

3 Primodelincuente es aquel que comete un delito por primera vez.

En una dimensión más íntima, puedo reconocer, además, algunas vivencias que me identifican con estas poblaciones. Por un lado, un padre ausente por el alcoholismo, que terminó con su vida de manera abrupta y prematura; y, por otro lado, un único hermano, quien vivió una experiencia traumática en la cual casi pierde la vida por un ataque que sufrió por parte de dos adolescentes para robar su moto.

En la población de jóvenes con la que trabajo confluyen las adicciones y las transgresiones a la norma establecida, a la vez que se pueden identificar roles no estáticos, como el de víctima y victimario. Esto detona en mí emociones familiares —antiguas y presentes a la vez— que me permiten visualizar éstos y otros aspectos al interior de mi propia historia de vida, que constituyen mi propio modo de *identificación afectiva* con ellos y mi lugar de enunciación.

CONTEXTO DEL TRABAJO DE CAMPO:

CIUDAD DE MÉXICO: REINSERTA UN MEXICANO, A. C.

El fenómeno de la delincuencia juvenil en la Ciudad de México es atendido por el sector público a través de la Dirección General de Tratamiento para Adolescentes (DGTPA);⁴ por el sector social a través de dos asociaciones civiles: Reintegra, A. C. y Reinserta un Mexicano, A. C. Sin embargo, el trabajo de campo se realizó en esta última porque es el escenario que me permitió un mayor acercamiento y un contacto directo con la población en reinserción. Su labor está enfocada en la prevención y la reinserción social de adolescentes que han cometido delitos, principalmente los considerados graves.

LA INVESTIGACIÓN A PARTIR DEL TESTIMONIO.

EL CASO DE TONA

Tona es un joven de 23 años que se encuentra, al momento de la investigación, en proceso de reinserción social en Reinserta un

4 La DGTPA es la institución rectora en la impartición de Justicia Juvenil en la Ciudad de México. Depende de la Subsecretaría del Sistema Penitenciario y administra seis Comunidades de Tratamiento para Adolescentes en conflicto con la ley penal.

Mexicano, A. C. A los 17 años fue detenido⁵ y considerado culpable ante la ley por un homicidio por el cual recibió una medida de internamiento de 5 años. Sobre su estructura familiar existen pocos datos debido a que él nunca quiso hablar de ello; incluso en su testimonio la información es mínima. Nació y creció en una zona popular de Santa Fe, en la Ciudad de México, aunque es parte de una familia de clase media, con recursos económicos y títulos universitarios. Es hijo único, de padre militar ausente y madre dedicada a las relaciones públicas, a quien Tona también considera ausente. Su abuela materna representa para él una figura muy cercana y su familia se completa con dos primos pequeños que vivían con él, con quienes compartían una vivienda de espacio limitado, hasta que realizaron ampliaciones. Pese a la presencia física de la familia, Tona sufrió una situación de abandono que se vincula con el desarrollo de un gran instinto protector, la asunción del rol de proveedor en la casa, así como una construcción de la virilidad muy orientada a la violencia y el poder, al empoderamiento a través del dinero.

Su carácter puede definirse como impulsivo y de reacciones muy físicas, con una gran incapacidad para el manejo del dolor y la ansiedad, al grado de mutilar su cuerpo para regular sus emociones. Estas características lo encaminaron a formar parte de peleas callejeras entre pares, e incluso durante su periodo en reclusión, contra los otros jóvenes y los custodios.

Tona tiene un problema de adicciones muy fuerte que ha estado fuera de su control durante algunos periodos, situación que permeaba todo su comportamiento y que lo encaminó a abandonar el proceso en Reinserta un Mexicano, A. C., en más de una ocasión, hasta su interrupción definitiva. Durante su encierro e incluso durante la reinserción social, experimentó periodos de consumo muy elevado, sin identificar qué situación los detonaba y sin querer profundizar en los procesos terapéuticos, lo cual impedía su apego al tratamiento. Sus adicciones desencadenan la comisión de un delito de homicidio bajo el efecto del abuso de sustancias psicoactivas, por lo cual recibió la medida de internamiento durante 5 años.

Debido a algunas de sus principales características, como la inteligencia y la capacidad de manipulación, combinadas con una incapacidad en el manejo de las emociones y sin ninguna red fa-

5 La zona donde ocurrió la detención es un dato que se omite por reglamentación.

miliar de contención, ha sido quizás el caso más complejo que ha tenido Reinserta desde sus orígenes: “Un chavo con un mundo de posibilidades, pero el consumo se lo tragó”, comenta una de las psicólogas de Reinserta durante una entrevista.⁶

El hecho por el cual Tona es detenido representa sólo el último eslabón de una cadena delictiva que va desde robo hasta múltiples homicidios (sin vinculación con el crimen organizado), que evidencia el tránsito del juego y la experimentación (propios de la infancia y la adolescencia) hacia las adicciones y la transgresión de las normas establecidas.⁷ Dicho tránsito será observado en este artículo a través de su testimonio, que es el dispositivo que crea el *vínculo entre olvido y memoria; y esta última resulta clave para pasar de la negación de los actos delictivos a su reconocimiento y resignificación*. En palabras de Tona:

Las canchas donde jugaba se les llama “*las canchas del vicio*”, están a una calle de mi casa. Eran de concreto, donde toda la banda andaba pambleando [jugando fútbol], pisteando [bebiendo alcohol], se aventaban un toque [fumaban marihuana]. Yo empecé a ir a los 10 años, porque me gustaba mucho el básquet; [pero también] veía apuestas... chelas, dinero... [En ese momento] yo no tomaba, no me drogaba... yo iba a jugar, yo *solamente* iba a jugar. Todo el tiempo. Llegando de la escuela dejaba las cosas y me salía a las canchas. La tarea la hacía regresando del juego. No me gustaba que me dijeran lo que tenía que hacer. A mí siempre me ha gustado hacer las cosas *solo*. Ya cuando empecé a ver que había más dinero, ya le entraba [a los acuerdos de robo]. Pero siempre me gustó hacer las cosas por mí mismo. Jamás a raíz de que me incitaran; siempre por voluntad propia, de *experimentar*, a lo mejor. Yo siempre dije: “a ver”, yo siempre quise ver qué se siente.

Su testimonio deja entrever cómo su contexto se fue minando de factores considerados de riesgo, que facilitaron la transgresión de las normas establecidas y el ejercicio reiterado de la violencia hasta el punto de quiebre: el delito por el cual es detenido. Sus palabras definen un sujeto permeado por la construcción de un tipo de masculinidad cuyos rasgos más evidentes se analizan a continuación.

6 Las entrevistas citadas fueron todas realizadas a la misma trabajadora —cuyo nombre se omite para preservar su identidad—, durante el periodo mencionado con anterioridad.

7 Este tránsito de la experimentación y el juego a la transgresión, si bien se analiza a través de un solo testimonio, ha sido corroborado en todos los adolescentes entrevistados y en años de trabajo cercano con esta población.

De acuerdo con la psicóloga entrevistada de Reinserta un Mexicano, A. C.,⁸ Tona responde al rol del hombre procurador, que es aquel que se sobrepone a las situaciones límite y tiene la responsabilidad social de proveer. Además, su comportamiento evidencia un sentido de la *territorialidad* que lo encamina a marcar y defender su territorio por medio de la violencia. Esto resulta relevante porque, en su caso y en muchos otros, esta relación con el territorio está estrechamente vinculada a la comisión de delitos.

“En Tona, el delito se da en una situación de evidente mal juicio, pero también en un momento de cólera, rabia y sentimiento de pérdida de algo que era suyo”, explica la psicóloga, quien da seguimiento a su caso. Ese “algo que era suyo” puede estar representado por una persona, un objeto o por un espacio físico significativo, cuya defensa constituye una respuesta impulsiva, producto de una acción irreflexiva “porque hay algo que no se habla [...], hay una *emoción contenida* que no sabe manejar y con la cual no sabe qué hacer”, concluye la especialista.

De acuerdo con ella, en personalidades como la de Tona hay dos posibles respuestas frente a esto. Una de ellas es la catarsis (liberar la emoción con llanto, por ejemplo); y la otra, el bloqueo de la emoción a través de algún mecanismo (como las adicciones, en su caso) que le permita evadirse de la realidad para no sentir. En sus palabras, Tona experimenta “momentos pico de ansiedad [que] dan lugar a la necesidad de drogarse frente a situaciones que es incapaz de manejar. No se siente cómodo, no sabe qué hacer; entonces bloquea”.

Las situaciones que describe la psicóloga son, en términos técnicos, una “*inadecuación a la realidad*” a partir de la cual Tona logra evadirse de la situación que le provoca dolor o angustia, y negar la problemática de la adicción, proceso que lo va endureciendo. Es interesante observar cómo él ubica el abuso de sustancias psicoactivas en un plano bajo control, mientras su terapeuta le señala lo contrario. Ella afirma:

Tona es brillante. Imagínate la cantidad de persuasión que se requiere para convencerse a uno mismo e incluso hacer dudar a los demás. En su discurso no miente, está convencido de lo que dice: es su percepción de la realidad, pero ahí hay una falla.

8 Durante las entrevistas con la especialista, abordamos particularmente el caso de Tona para contrastar-complementar su mirada como terapeuta con el testimonio de él.

Creo que es una de las cuestiones de Tona más importantes: interpretar la realidad y luego construir una realidad paralela, que es lo que relata a otros con total convicción. El sistema de Tona es brillante para poder sobrevivir, es un mecanismo de defensa.

La psicóloga se refiere a un aspecto del joven que es fundamental para entender lo que él dice desde otra perspectiva: su capacidad de manipulación. En su testimonio, se refirió al consumo de drogas como un hecho del pasado, como si esta problemática estuviera superada. Sin embargo, un mes después de las entrevistas que tuvimos, Tona abandona por segunda vez el tratamiento de reinserción porque su problema de adicciones es más fuerte que su voluntad en este momento. Si bien esto no significa que reincida en el delito, sí implica que interrumpa el desarrollo completo de su proceso de reinserción.

LA HISTORIA DESDE ABAJO

La historia desde abajo conserva su aura de subversión

Jim Sharpe, 1993

Escribir desde la perspectiva de la historia desde abajo implica indagar en la historia de vida de los individuos para abrir un diálogo en el que permean tanto la “auto-representación del sujeto” como la intención de quien investiga (Sharpe, 1993, p. 40). De acuerdo con el autor, todo testimonio individual puede complementar e incluso entrar en contradicción con la historia oficial, que en el caso de Tona estaría representada por el expediente judicial y, de alguna manera, por el testimonio de su psicóloga.

El aporte de la historia desde abajo consiste en recoger elementos del pensamiento y la experiencia personal del sujeto (Sharpe, 1993), lo cual resulta útil para comprender la perspectiva que ha construido sobre los acontecimientos, y por lo tanto sobre sí mismo. En este sentido, privilegiar el testimonio de un joven en proceso de reinserción social me permite observar el sentido que él le otorga a su realidad, en diálogo con los conceptos propuestos al inicio de este texto para intentar comprender el otro lado del delito. Es decir, el testimonio ofrece dos dimensiones: *cómo se ve a sí*

mismo un joven que delinque y cuáles son las razones que —consciente o inconscientemente— lo encaminaron a delinquir, desde su propia perspectiva. Y, finalmente, detectar cuál es el punto de quiebre que le permite reconocerse a sí mismo de otra manera y querer cambiar.

Ahora bien, ¿qué tipo de conocimiento o acercamiento a una realidad determinada provee esta perspectiva de la historia desde abajo? Las historias de la gente común, dice Sharpe (1993), pueden aportar aspectos para comprender mejor una época y, en este caso, detectar las características presentes en un sujeto y que se repiten en una población determinada. Estas historias comunes podrían leerse como un puente, en tanto permiten el tránsito de lo individual a lo social, e incluso analizar la dimensión de lo íntimo en la esfera de lo público. Para el autor, la importancia de estudiar un individuo a profundidad es equiparable con la dimensión global; pero también subraya la problemática de tipificar a los sujetos. El caso de Tona no escapa a ello: si bien desborda la categoría de “gente corriente”, se instala en otra que es la del “delincuente”, o peor aún, la del “homicida”, categorías que intentaré trascender hasta llegar al sujeto con emociones.

El testimonio de Tona surge en la dimensión individual de la memoria y se inscribe en la perspectiva de la historia desde abajo, abriendo la posibilidad de integrar su relato con los conceptos teóricos para comprender —desde ambas perspectivas— la masculinidad tradicional en torno al fenómeno de la delincuencia juvenil.

De acuerdo con Ronald Fraser (1993), en el proceso de investigación es importante identificar los intereses particulares que movilizan a quien investiga e interpreta los testimonios. La forma de considerar esa fuente como histórica es demostrando sus orígenes, lo cual implica que quien investiga se reconozca como parte integral de la misma. En este sentido, el testimonio de Tona surge a partir de una serie de encuentros en el marco de un taller de serigrafía que organicé en Reinserta un Mexicano, A. C., para tener otros espacios de encuentro más informales que la instancia de las entrevistas. Esta estrategia funcionó en dos sentidos: como plataforma creativa y, a la vez, de trabajo etnográfico, en tanto que, mientras Tona trabajaba con el grupo de jóvenes en las actividades propuestas, yo hacía mi observación participante. Dicha experiencia fue concebida como un espacio de libertad para la autoexploración (de los jóvenes y mía) y el reconocimiento de emociones, a partir de un trabajo con la memoria simbolizada, desde las artes

visuales, y la técnica de la serigrafía. Construimos, en conjunto, un espacio relacional que me permitió un acercamiento paulatino, continuo y de confianza mutua con esta población.

LA IMPORTANCIA DE LA MEMORIA

Si tanto en lo individual como en lo colectivo, las posibilidades de ser reconocidos, de ser tomados en cuenta y contar en las decisiones que nos afectan, dependen de la expresividad y eficacia de los relatos en que contamos nuestras historias, ello es aún más decisivo en este permanente “laboratorio de identidades” que es América Latina.

Jesús Martín Barbero, 2003

Partiré del concepto de *memoria* de Pilar Calveiro (2006) para tratar de explicar la manera en que ésta representa —en los jóvenes entrevistados en general y en Tona en particular— el dispositivo que activa su capacidad de reflexionar sobre su propia vida. A partir de ello, emerge la posibilidad de mirarse a sí mismos y reconocer sus emociones. La autora plantea que la *memoria* es un ejercicio que muchas veces no se quiere activar para no recordar el pasado delictivo y menos aún en las víctimas del mismo. La negación de la memoria corrobora la metáfora de la “caja cerrada” cuyo contenido (la experiencia vivida) está ahí, pero solapada, oculta; “es la memoria como el olvido, pero se trata de un olvido lleno y cargado de memoria” (Stern, 2000, p. 17). Lo importante de este tipo de olvido/memoria es que su ocultamiento no es inconsciente, sino un acto voluntario que, de alguna manera, busca proteger al sujeto que “olvida” porque se trata de recuerdos peligrosos.

En palabras de Tona: “cuando estaba encerrado corría para cansarme y dormir; dormía para olvidar”. Para él, recuperar esa memoria implicaba enfrentarse con sus emociones reprimidas, y eso lo tornaría vulnerable y, por lo tanto, atentaría contra su masculinidad.

Según Pilar Calveiro (2006), existe una distinción entre el relato histórico y la memoria: el primero se nutre del archivo, mientras que la segunda surge de la experiencia del sujeto, de lo que éste ha vivido y de la marca que queda inscrita en su historia personal. De acuerdo con la autora, la memoria es una experiencia única e intransferible; sin embargo, es factible transmitirla a partir de la

comunicación. Los jóvenes en proceso de reinserción encuentran varios canales para compartir su memoria. Generalmente, en los espacios terapéuticos o con el equipo técnico de Reinserta, e incluso durante las entrevistas conmigo, que fueron un espacio de desahogo y honestidad, según me expresaron ellos mismos.

La función de la memoria es restablecer aquello que ocupó un lugar porque tiene los vestigios del tiempo grabados en su interior, e incluso en el espacio-tiempo de la vida del sujeto (Ricoeur, 1999). Complementariamente, tal como sugiere Calveiro (2006), la memoria de estos jóvenes se dispara *desde* el presente, permitiéndoles buscar/encontrar en su pasado algunas claves para entenderse a sí mismos en la actualidad. Así es como se verifica su función: abrir el pasado respondiendo a las necesidades del presente. A continuación, un fragmento de entrevista con Tona:

—Nada se olvida. Me acuerdo de muchas cosas, cuando tiempo atrás jamás me acordaba lo que había hecho el día anterior. Un amigo me dice: *es que te ves más noble, te ves diferente.*

—¿Qué es lo que te ayuda en este proceso de reinserción social?, le pregunto.

—*Todo.* Me trato de agarrar de todo; yo vengo por todo, mientras me deje algo bueno. Antes me iba por todo lo que me dejara dinero, ahora vengo por todo lo que me haga sentir tranquilo, feliz. Me agarro de... como una cosa *espiritual*, como para creer, como para tener fe. Yo estaba seco, ahora por primera vez [en 23 años] he llorado.

El camino que Tona transita hacia la recuperación de lo emocional-espiritual me permite entender la manera en que su ejercicio de memoria lo ayudó a recuperar del olvido los eventos en los cuales victimizó a otros; ser consciente de sí mismo y de sus actos; recuperar su humanidad y, en sus propias palabras, perdonarse.⁹ Dicho de otra manera, se trata de reconstruir el recuerdo para otorgarle un nuevo sentido a las experiencias vividas y poder resignificarlas. Primero en una dimensión individual, y luego en una dimensión social a partir de la valoración del otro como sujeto de derechos.

Pilar Calveiro (2006), en su texto *Los usos políticos de la memoria*, pone de manifiesto la manera en que el Estado construye la catego-

9 Tona manifiesta no estar arrepentido de sus actos; sin embargo, aunque parezca contradictorio, dice haberse perdonado a sí mismo.

ría del Otro —actualmente el terrorista—¹⁰ para legitimar su uso de la violencia. Si bien la autora se refiere a la dimensión macro, me interesa retomar el concepto del otro como sujeto peligroso, sobrante, prescindible. E intentar mostrar —en una dimensión micro—, por un lado, cómo una persona es inscrita en esta categoría desde la perspectiva del Estado, y, por otro lado, cómo *este sujeto construye su propio “otro” para poder confrontarse*. Según esta lógica, los jóvenes que delinquen representan, para el Estado, la figura del Otro: como delincuentes e incluso como homicidas. Pero, a la vez, ellos mismos construyen su Otro en un escenario de pares, donde las relaciones asimétricas de poder definen quién es víctima y quién victimario. Es decir, al interior del concepto del Otro se esconde una complejidad en la cual la víctima del Estado puede tornarse, a su vez, victimario (en un grupo de pares) y constituirse una “amenaza” para la sociedad.

En este sentido, el concepto “zona gris” (Primo Levi, 2004) describe —en el marco del genocidio nazi, pero extrapolable— el vínculo que existe entre el verdugo/opresor/victimario y la víctima. El autor utiliza el color gris como metáfora para definir esa zona de intersección entre el perpetrador de la violencia y la víctima; el gris como color ambiguo que matiza la división entre buenos y malos. Así, la zona gris define la fragilidad de la condición humana en contextos de lucha por la supervivencia y en condiciones extremas de vulnerabilidad social y desamparo institucional, donde estos roles se tornan intercambiables.

LAS REGLAS SON PARA ROMPERLAS

En la vida de muchos de los jóvenes en conflicto con la ley penal, la violencia ha sido parte, medio y consecuencia de una serie de situaciones de riesgo que estuvieron ahí, a su alrededor, sin que ellos pudieran —en su momento— reconocerlas como tales. Dice Tona: “Yo soy un chavo de barrio, desde los 10 años empecé a andar en la calle. Entre los amigos, la fiesta, la droga, el alcohol, el dinero y cosas así, ¿no? Trataba yo de llevar de la mano la escuela y las cosas

10 Calveiro (2006) va más allá en su definición del Otro, al señalar la construcción de la categoría del terrorista que permite un estado de guerra constante y una justificación de la violencia, solapada tras la lucha contra la delincuencia organizada.

en casa, y esta otra cosa [se refiere a la vida en la calle]. Pero nunca las pude llevar a la par. Me gustó más la calle, todo el relaxo”.

En el caso de Tona, la violencia contenida en sus delitos no será descrita en términos de cuántos asesinatos implica ser un multihomicida¹¹ a los 23 años; más bien, lo que me interesa indagar es el lugar que ocupan las emociones en un sujeto que actúa así, antes y después. Es decir, la forma en la que ejercen la violencia aquellas personas que se han endurecido tanto que dejan de sentir, o bien sus sentimientos quedan fuera de la esfera de las expectativas sociales.¹² En sus propias palabras:

La razón por la que cometo el delito es como... “una y otra”, ¿no? “Tú me la haces, tú me la pagas”. Por cuestiones igual de broncas, de droga, de cosas así, se fue haciendo un ambiente mucho más pesado. Yo caí en unos ambientes muy pesados: estar en la calle, robando, drogándote, haciendo mil y una cosas. A los 17 años es cuando cometo el delito, llevaba 5 años en todo ese ambiente. Me encierran por otra cosa muy distinta a todo lo de atrás. Jamás en la vida había pisado una delegación: siempre me ha gustado hacer las cosas bien, sea bueno o sea malo, siempre me ha gustado hacerlo bien. Hice en ese momento mil otras cosas y jamás había llegado a esto. Ya después de tiempo, entiendo que las cosas pasan por algo. Yo no sé si hoy en día mi vida fuera igual o estuviera contigo aquí, platicándolo.

En este contexto en el que Tona se desarrolla y con el que interactúa, él se percibe desde una *masculinidad autónoma y autosuficiente*, para quien no existe nada más que sí mismo y su propio bienestar. Según su testimonio, las acciones responden a la persona y no al contexto: “yo conozco chavos del barrio que crecieron conmigo y no por vivir en el barrio han hecho lo mismo que yo [...]. Si quieres hacer tu vida así, así la haces”. Se adjudica toda la responsabilidad de sus actos.

En la masculinidad hegemónica, el poder es clave e implica —en su aspecto negativo— la imposición del control tanto sobre

11 En términos legales, Tona es multihomicida. Lo que se intenta analizar en este texto es cómo el ejercicio reiterado de la violencia provoca en el sujeto una imposibilidad de ver al otro como semejante: sólo puede verse a sí mismo. Por ello, en situaciones límite, las opciones son matar o morir.

12 Este “bloqueo emocional” del que hablo es descrito en estos términos en la bibliografía especializada en masculinidades que ha sido consultada para este trabajo y, sobre todo, corroborada por el testimonio de Tona e incluso respaldada por la visión de sus terapeutas sobre su caso.

otros seres humanos, como sobre las propias emociones (Kaufman, 1987). De esta manera, poder y control están íntimamente ligados y se manifiestan muchas veces de adentro hacia afuera. Del control de las emociones (bloqueo interno) al control sobre otros sujetos (sometimiento) y, finalmente, al control del territorio (violencias). Pese a sentirse solos y autosuficientes frente a la realidad, estas personas son parte de un contexto que los conforma y de una red social que los contiene —o no— y por lo tanto los predetermina. Sin embargo, en esta primera etapa de negación de la subjetividad, el sujeto es incapaz de percibir la influencia que ejerce el entorno sobre sus decisiones individuales. En palabras de Tona: “Todo empezó por mi gusto, nada porque me obligaran. Jamás hice algo bajo presión o por querer imitar algo o a alguien. Jamás. Yo lo hice porque a mí me gustó. Me gustó, entre comillas, esa libertad. A mí me gustaba estar en la calle, de chavito, a las 11 de la noche jugando fútbol, afuera de mi casa; y había gritos que me decían: ‘ya métete’”.

Es interesante ver, a partir de testimonios como éste, cómo ciertas construcciones sociales son aprehendidas al grado de no reconocerse su origen, tal es el alcance de naturalización de las mismas. La *dominación masculina* tiene su territorio asegurado: no es necesaria una justificación de conductas, allí subyace. Es así como la visión que domina en la división de los sexos se expresa tanto en discursos como en prácticas. Parece “natural” debido a que está presente tanto en la sociedad (estructura objetiva), como en los *habitus* (estructura cognitiva), “como un sistema de categorías de percepción, pensamiento y acción” (Bourdieu, 1998, p. 4). La dominación de facto —y universal— excluye, en la práctica, el efecto de *desnaturalización* que se refiere a relativizar un fenómeno cuando se enfrenta con otro. Aquello socialmente consignado a lo femenino y a lo masculino se encuentra naturalizado como consecuencia de la confirmación y legitimación de las prácticas sociales en su lógica repetitiva. Según Bourdieu (1998):

En el marco de este sistema las mujeres se sitúan al interior y los hombres al exterior, desde donde asumen las actividades vinculadas al peligro y la visibilidad, ya que el exterior es público; respondiendo a un sistema binario de oposiciones entre lo que es conferido a lo masculino y lo que es asignado a lo femenino —distinciones que son sociales pero que han sido naturalizadas— (p. 5).

El autor analiza la cuestión desde el origen del reparto de tareas entre hombres y mujeres de acuerdo con una división binaria y según la idea de que ambos tienen un rol activo en este reparto de roles. Los hombres se entregan a las actividades de la esfera pública, mientras las mujeres se dedican a lo que sucede en la esfera privada, como las actividades del hogar y los cuidados. Así, la validación es mutua y perpetúa la reproducción de los mismos modelos de comportamiento heredados y, por lo tanto, percibidos como incuestionables. En consonancia con esto, Tona dice: “Yo siempre he tenido esto: *las reglas son para romperlas*, dicen que lo prohibido es lo mejor”.

Esta postura desafiante frente a la normatividad es interesante para introducir el concepto de *transgresión*, tal como lo define Bataille (2007):

Transgredir lo prohibido no es violencia animal. Es violencia, sí, pero ejercida por un ser susceptible de razón (que en esta ocasión pone su saber al servicio de la violencia). Cuando menos, la prohibición es tan sólo el umbral a partir del cual es posible dar la muerte a un semejante; colectivamente, la guerra está determinada por el franqueamiento de ese umbral (p. 46).

De acuerdo con el autor —y como el testimonio deja entrever—, la transgresión implica una acción razonada y dirigida al ejercicio de la violencia. Sin embargo, en las situaciones límite, esa capacidad de raciocinio se ve bloqueada y provoca que el sujeto actúe por repetición de modelos de comportamiento, más que por el uso de la razón. Incluso el autor afirma que en la transgresión de lo prohibido hay una sujeción a ciertas reglas que le dan sentido. Es a través de los límites y no de la libertad desde donde se construye la transgresión, porque no es posible transgredir sin un marco normativo que establezca los límites de las acciones. La frase que Tona utiliza, “*las reglas son para romperlas*”, logra ejemplificar esto porque evidencia el reconocimiento de dicho marco normativo y la conciencia de su infracción. En ese sentido, la transgresión implica una suerte de “permiso” que el sujeto se autoadjudica para hacer algo que no está permitido. Y es en ese hacer donde se desencadena la tracción de la violencia. *Justo en este cruce entre transgresión y violencia se abre el espacio para el análisis de la masculinidad encarnada en Tona, como síntesis de fuerzas en choque.*

EL COMPORTAMIENTO A PARTIR DE LAS MASCULINIDADES

Hombres y mujeres en un círculo de espejos que reflejan indefinidamente imágenes antagónicas, pero inclinadas a validarse mutuamente.

Pierre Bourdieu, 1998

El comportamiento de Tona —observado a partir de su testimonio— me permite puntualizar algunos elementos clave del concepto de masculinidades, de acuerdo con dos autores principalmente: Robert Connell (1995) y Michael Kaufman (1987). A partir de ambas posturas, reflexiono en este artículo sobre el tipo de masculinidad que ejerce Tona al transgredir la ley, y cómo va transformándose la misma a partir del momento en que inicia su proceso de reinserción social.

Michael Kaufman (1987) afirma que existe más de una masculinidad, pese a la hegemonía y la subordinación; mientras Connell (1995) subraya que la masculinidad está enmarcada en una estructura más grande que la contiene, y por lo tanto debe ser entendida como parte de un todo y no de forma aislada. Para este último, masculinidad es un concepto relacional porque existe sólo en relación con la feminidad y otras masculinidades, y cada sociedad construye su concepto con base en la clase de sujeto que supone masculino. De acuerdo con el autor, en esta construcción ha habido *cuatro enfoques* diferenciados lógicamente, pero mezclados en la práctica, que enunciareé brevemente a continuación.

El enfoque *esencialista* selecciona un rasgo que refiere al núcleo de lo masculino (a su *esencia*), a lo cual agrega algunos rasgos de la vida de los hombres para construir lo masculino. El enfoque *positivista* enfatiza el comportamiento; es decir, lo que los hombres *son* en la práctica. Por su parte, el enfoque *normativo* reconoce que los términos masculino y femenino refieren al género y no al sexo, lo cual amplía la definición de masculinidad al *deber ser*. Ejemplo de esto es la manera en que los jóvenes introyectan ciertos modelos, a veces contradictorios, sobre cómo debe ser la masculinidad.

En el caso de la población en conflicto con la ley penal, a la cual pertenece Tona, la mayoría de los jóvenes, cuando recuperan su libertad, aspiran a ser custodio, policía o militar porque asumen, según sus propios testimonios y los del equipo técnico de Reinserta un Mexicano, A. C., que así tendrán la posibilidad de ejercer la autoridad desde la violencia. Esto resulta peligroso porque podría dar

lugar a un circuito cerrado de transgresión y violencia y de roles intercambiables entre víctima y victimario.

La adscripción a los modelos de género heredados por parte de hombres y mujeres, que suponen un comportamiento esperado por la sociedad, es un aspecto esencial que se busca modificar durante el proceso de reinserción social. Esto implica un proceso paulatino de repensar la construcción del género, mostrándoles a las y los jóvenes otras formas de elaborarla, a partir de un comportamiento fundado en la equidad y el respeto. Por ello, la perspectiva de género representa un eje transversal en el trabajo de reinserción social, a través del cual van construyéndose otras formas posibles de ser hombre y de ser mujer.¹³

Retomando a Connell (1995), el cuarto enfoque que refiere es el *semiótico*, que deja de lado los rasgos de la personalidad y se basa en diferencias simbólicas que provocan contraste entre lo masculino y lo femenino, construyendo así una definición de masculinidad por oposición a feminidad. En síntesis y ante todo, la masculinidad forma parte de las prácticas de género y lo fundamental es el *proceso de formación* de dichas prácticas. Más allá de los enfoques e incluso de los intentos de definir masculinidad, el autor propone:

Centrarnos en los procesos y relaciones por medio de los cuales hombres y mujeres llevan vidas imbuidas en el género. La masculinidad [...] es al mismo tiempo la posición en las relaciones de género, las prácticas por las cuales los hombres y mujeres se comprometen con esa posición de género, y los efectos de estas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y en la cultura (p. 35).

Es decir, el género debe ser el marco de interpretación para la *posición* que ocupa el sujeto, sus *prácticas* y los *efectos* de las mismas, junto a otras categorías como clase, raza e incluso edad en este caso, por tratarse de una población juvenil.

Ahora bien, con la intención de identificar estos elementos en el caso de Tona y aterrizar estos conceptos en la realidad observada, partiré de un breve relato de su historia de vida para comprender mejor el proceso de formación de su masculinidad.

13 Reinserta un Mexicano, A.C., tiene un equipo de trabajo conformado mayoritariamente por mujeres y responde a un modelo familiar (casa de medio camino), al interior del cual buscan crear relaciones fundadas en el afecto y la cercanía. Por ello, el equipo de trabajo es numeroso, lo cual les permite profundizar en los vínculos.

Según su testimonio, la posición que él asume (hereda socialmente) en las relaciones de género al interior de su familia es la del “hombre de la casa”, única figura masculina (no tiene hermanos, su madre es soltera y su padre biológico es un militar ausente que, según el análisis de su testimonio, ha confundido autoritarismo con autoridad en la crianza). En este contexto, Tona interrumpe la convivencia con su madre y busca su independencia a los 14 años, por las razones que él refiere de la siguiente manera:

Mi familia siempre me decía: aprende de tu mamá, estudia. No tengo hermanos, vivía con mi mamá en un cuarto con toda mi familia en el resto de la casa. Compartíamos un comedor todos, y el baño; pero cada quien tenía su cuarto. Eran como ocho los hermanos de mi mamá, más aparte hijos... Pero mi mamá ahorra para construir la casa, mientras iba a la universidad, donde estudió Relaciones internacionales.

En la construcción de su propia autonomía, Tona elige un camino diferente al modelo de “vida bien” que su madre procuró inculcarle. Su vía, por el contrario, tiende al ejercicio de la violencia entre pares, o entre masculinidades, como mostraré más adelante. Estas prácticas producen efectos transgresores en su conducta que lo encaminan a la comisión de delitos y a su posterior encierro durante 5 años.¹⁴

Por su parte, Kaufman (1987) subraya la asociación generalizada de masculinidad con la dupla poder-control, la cual se complementa con otra: dolor-temor. Esta última se encuentra en la base de la construcción de la anterior y es la barrera infranqueable que impide la manifestación de las emociones, como introduce al inicio del artículo.

Existe una gran complejidad al interior de la estructura de género, en tanto organiza la práctica social e involucra, además, otras estructuras que trascienden el género (como las categorías de raza y clase), permitiendo el reconocimiento de variadas masculinidades (Connell, 1995).

La clave del concepto de género está en que no sólo evidencia las relaciones de poder entre hombres y mujeres, sino también su inte-

14 Según Connell (1995), el género se configura en varios niveles: lo individual; el discurso, la ideología o la cultura y por último las instituciones. En el caso de Tona, me refiero a la familia como propulsora de un modelo de comportamiento que influye directamente en el primer nivel de configuración de la masculinidad.

riorización, es decir, la manera en que el sujeto se apropia de lo heredado y lo pone en práctica (Kaufman, 1987). En este sentido, podría decirse que Tona encarna una masculinidad heterosexual, mestiza y de clase media-baja debido a que —si bien su madre es profesional universitaria— él nace y crece en una zona de la ciudad en la que conviven altos contrastes económicos y donde la violencia en la calle es un elemento cotidiano. “La masculinidad no es un tipo de carácter fijo, el mismo siempre y en todas partes. Es, más bien, la masculinidad que ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de relaciones de género, una posición siempre disputable” (Connell, 1995, p. 39).

Sin embargo, es posible reconocer las prácticas y relaciones al interior del género, que construyen los patrones más importantes de masculinidad y prevalecen en la actualidad. El autor menciona cuatro de ellos que reseñaré brevemente para centrarme en el último, porque representa el patrón de masculinidad que he detectado en los jóvenes entrevistados de la Ciudad de México y particularmente en Tona.

El *primer patrón* es la *hegemonía*, entendido como la legitimidad comúnmente aceptada del patriarcado, que implica la subordinación de las mujeres frente a la dominación de los hombres. El *segundo* es la *subordinación*, que refiere a relaciones de dominación dentro de un mismo género (la subordinación del hombre *gay* con relación al hombre heterosexual e incluso entre dos hombres heterosexuales cuyo poder es desigual, aunque el autor no hace referencia a esto último). El *tercer patrón* importante en la construcción de las masculinidades es la *complicidad*, que se relaciona con la masculinidad hegemónica (en el sentido de que los hombres que practican todos los patrones hegemónicos de la masculinidad parecen ser minoría). Y por último, la *marginación*, que involucra claramente las estructuras de raza y clase, generando una plataforma en la cual ocurre una *violencia entre masculinidades marginales*, donde es posible enmarcar las peleas barriales en las que Tona refiere haberse involucrado en su testimonio. En estas situaciones, si bien se dan al interior de un grupo de pares en igualdad de condiciones —marginales—, siempre hay un sujeto capaz de ejercer mayor poder que el resto. Al respecto, Tona dice: “Era él o era yo. A que lloraran en su casa o que lloraran en la mía, preferí mil veces que lloraran en la suya”.

Estas palabras hacen alusión al delito como parte de situaciones límite que resultan habituales en los contextos donde viven los jóvenes que entran en conflicto con la ley penal, caracterizados por focos rojos de venta de sustancias psicoactivas, portación ilegal de

armas, múltiples enfrentamientos con la policía.¹⁵ De acuerdo con esto, Tona representa un claro ejemplo de masculinidad marginal donde el uso de la violencia, como estrategia de afirmación de dicha masculinidad en enfrentamientos de grupo, no sólo está justificado, sino, incluso, autorizado socialmente (Connell, 1995, p. 44).

Klaudio Duarte (2016) explora la categoría de género en la juventud desde la masculinidad, enfocándose en su creación y práctica cotidiana.¹⁶ El autor plantea que el género se construye *en* y es producto *de* la reproducción patriarcal de la socialización; por lo tanto, es variable según el momento histórico y social. Analiza la construcción de las masculinidades a partir de una propuesta de Kaufman (1989) que implica tres relaciones: *el hombre consigo mismo, el hombre con las mujeres y el hombre con otros hombres*. Resulta interesante que, a esta triada, Duarte agrega una variable más: *la relación de lo masculino con “el medio social”* (Duarte, 2016, p. 108). Desde esta perspectiva de análisis, observa la calle como escenario de producción, demostración y reproducción de las masculinidades en jóvenes varones de contextos empobrecidos, lo cual le permite mostrar cómo se crean las masculinidades en un contexto de socialización con estas características.

La calle, como territorio de “expulsión social” (Duarte, 2016, p. 109), resulta fértil para la transgresión y la competencia. Allí se construye y reproduce un modelo de masculinidad vinculado con la autoafirmación y la hombría —asociada a la superación del dolor y la adversidad—, donde masculinidad es, a la vez, premio y esfuerzo. Este escenario de encuentro entre pares constituye una posibilidad de identificación y vivencias compartidas, un espacio dual de competencia y afecto donde se aprenden y aprehenden tanto la *masculinidad* como la *afectividad*. De acuerdo con el autor, los varones viven comparativamente la presencia de las mujeres, y de dicha comparación surgen dos expresiones. Por un lado, se manifiesta el miedo y el rechazo a lo femenino (ya sea por distanciamiento o contradicción); y, por otro lado, se abre una vía para la construcción de *una masculinidad alternativa* (en relación de semejanza). Así, la tensión masculina frente a lo femenino es producto de la visión estigmatizada que los varones tienen de las mujeres. Esto genera

15 Éstos son datos que elabora la Subsecretaría del Sistema Penitenciario de la Ciudad de México con base en la información sobre la procedencia de su población en conflicto con la ley penal.

16 El autor observa cómo las identidades de género se elaboran en relación con las identidades juveniles y ambas en vínculo con otras variables, como la clase social y la raza.

una serie de comportamientos complejos y contradictorios para los hombres, que los coloca en una posición que oscila entre seguir sosteniendo la masculinidad tradicional o posicionarse desde una masculinidad renovada. Esta última —tendiente a reconocer la semejanza y la equidad de género— supone perder los privilegios adquiridos y puede derivar, en ocasiones, en un retroceso hacia la masculinidad tradicional. El autor evidencia la tensión que supone la construcción del género entre el *ser* y el *deber ser* (las expectativas sociales sobre el comportamiento adjudicado a cada género), que se cristalizan en cumplir o no con el rol socialmente heredado. Estas tensiones ubican a las y los jóvenes “a medio camino en sus procesos de construcción de identidades” (Duarte, 2016, p. 122), y esto, en cierto sentido, los vulnera.

DE LOS ESTEREOTIPOS A LAS EMOCIONES

Como se ha mostrado a través del caso de Tona, la delincuencia juvenil resulta indisoluble de la violencia. Por lo tanto, es ineludible la relación entre juventud, violencia y masculinidades. Juan Carlos Ramírez Rodríguez (2010) busca identificar las lógicas a través de las cuales operan las distintas formas de violencia y algunos de sus elementos constitutivos en las bandas juveniles. Ya he mencionado las características que se observan en la masculinidad; ahora me gustaría profundizar en la forma en que los jóvenes asumen ese estereotipo, a partir de la identificación de *dos niveles de encarnación del mismo*.

El *primer nivel* implica un enfriamiento-endurecimiento de la persona hasta llegar al bloqueo de sus emociones. El *segundo nivel* conduce al sujeto a la transgresión de la norma a partir del uso de la violencia, a causa de no poder percibir al otro (víctima) como sujeto de derechos. En la población investigada, es en este nivel donde sucede el delito y aparece un punto de quiebre que inaugura lo que propongo como un *tercer momento* en la vida de estos jóvenes: un proceso de *sensibilización o espiritualidad* a partir del cual pueden recuperar su propia humanidad, *permitirse sentir*, e incluso ser *compasivos*.¹⁷

17 En entrevista, Tona me manifestó en reiteradas ocasiones su interés por ayudar a gente que lo necesite y del placer que eso le provocaría, fenómeno que al parecer es usual y surge de la vivencia de esta situación en la propia experiencia de vida.

Este momento de recuperación de lo emocional está íntimamente ligado con el proceso de construcción de la masculinidad, sólo que a la inversa: “La adquisición de la masculinidad hegemónica (y la mayor parte de las subordinadas) es un proceso a través del cual los hombres llegan a suprimir toda una gama de emociones, necesidades y posibilidades, tales como el placer de cuidar de otros, la receptividad, la empatía y la compasión, experimentadas como inconsistentes con el poder masculino” (Kaufman, 1987).

De acuerdo con el autor, dichos sentimientos son detenidos para que no limiten la capacidad de autocontrol y porque están directamente vinculados con la feminidad. En este sentido, las emociones suponen una amenaza para el dominio de los hombres sobre sí mismos y, por lo tanto, construyen una barrera como estrategia de protección.

En un intento de localización territorial de estos tres *niveles* (bloqueo emocional, transgresión de la norma y resignificación o desbloqueo), según lo analizado en este artículo se observa que el *primer nivel* se desarrolla en el barrio, donde juego y violencia se funden y confunden. El *segundo nivel* interrumpe la libertad e inaugura el periodo de encierro por el delito cometido. El *tercer momento* inicia cuando los jóvenes comienzan el proceso de *reinserción social*, es decir, la transición del encierro a la libertad.

Regresando a Kaufman (1987), no sólo es estrecha la relación entre poder y dolor-temor, sino que el primero es una respuesta frente al segundo e, incluso, es una relación directamente proporcional (a mayor temor, mayor necesidad de ejercicio del poder). Éste puede estar dirigido hacia otros sujetos o cobrar modalidades autodestructivas, como las adicciones.

A partir del tercer momento, *el desbloqueo de las emociones* sucede durante el proceso de reinserción social y se hace posible a través de la revisión de la memoria de los acontecimientos, su relectura, resignificación y, finalmente, un trabajo de cara a las emociones que les permite sensibilizarse.

REFLEXIONES CONCLUSIVAS

El eje de sentido de este artículo se centró en observar a través de un estudio de caso, el de Tona, cómo la construcción de un estereo-

tipo de hombre va creando escenarios de violencia donde poder y control son la contracara del miedo, que ha sido bloqueado junto al resto de las emociones. Este bloqueo habilita al joven masculinizado a victimizar a otros sin la posibilidad de dimensionar el daño perpetrado desde lo emocional. En estos escenarios de violencia habitual, se abre para los jóvenes el espacio de juego —“las canchas del vicio”—, donde crecen y se desarrollan. Este espacio se va tornando, poco a poco, en un territorio minado de factores considerados de riesgo, donde el consumo de sustancias psicoactivas puede devenir en adicciones y el tiempo de ocio en la transgresión a las normas establecidas.

Sin embargo, he querido señalar un aspecto que identifico como parte del proceso de reinserción social cuando éste es “exitoso”; es decir, el reconocimiento de las emociones desde la recuperación y resignificación de la memoria a través del testimonio. Cuando esto sucede, se puede hablar de experiencias positivas, en tanto los jóvenes comienzan a ser capaces de percibir al otro como sujeto de derechos y repensar las identidades de género para construir masculinidades no violentas, como efectivamente ha ocurrido en el caso analizado. Asimismo, resulta importante la última fase de la reinserción social, cuando se desarrolla paralelamente un proceso de espiritualidad o afectividad que conduce a los jóvenes hacia la reflexión y, por lo tanto, hacia un autoconocimiento en un nivel más consciente. Aquí podríamos esperar un tránsito ya no del juego a la transgresión, sino de la masculinidad tradicional a masculinidades no hegemónicas. O, al menos, a una conciencia de otras masculinidades posibles.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bataille, G. (2007). *El erotismo*. Madrid: Tusquets Editores.
- Bertaux, D. (1993). *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Bourdieu, P. (1998). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Calveiro, P. (2006). Los usos políticos de la memoria. *Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales*, 4, 359-382.
- Connell, R. (1995). La organización social de la masculinidad. *Masculinities*, 31-48. Berkeley: University of California Press.

- Duarte, K. (2016). Jóvenes en masculino: A medio camino entre alternativos y tradicionales. En *Juvenopedia. Mapeo de las juventudes iberoamericanas* (pp. 96-119). Barcelona: Ned Ediciones.
- Fraser, R. (1993). Historia oral, historia social. *Historia Social*, 2, 131-139.
- Kaufman, M. (1987). *The construction of masculinity and the triad of men's violence. Beyond patriarchy essays by men on pleasure, power and change*. Oxford University Press. Recuperado de: <http://www.michaelkaufman.com/wp-content/uploads/2016/03/Kaufman-1987-The-Construction-of-Masculinity-and-the-Triad-of-Mens-Violence-in-Michael-Kaufman-ed.-Beyond-Patriarchy-Essays-by-Men-on-Pleasure-Power-and-....pdf>
- Levi, P. (1958). En el fondo. En *Si esto es un hombre* (pp. 4-19). Barcelona: Muchnik Editores.
- Merino, R. y De la Fuente, G. (2007). *Sociología para la intervención social y educativa*. Madrid: Editorial Complutense, S. A.
- Ramírez Rodríguez, J. (2009). Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres. En *Los jóvenes en México* (pp. 29-54). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sharpe, J. (1993). Historia desde abajo. En *Formas de hacer historia* (pp. 38-58). Madrid: Alianza Universidad.
- Stern, S. (2000). De la memoria suelta a la memoria emblemática: Hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998). En *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX* (pp. 11-33). Santiago de Chile: Universidad de Santiago de Chile.